

PALESTINA GANÓ LA VUELTA A ESPAÑA

POR RICARDO RODRÍGUEZ (*)

La Vuelta Ciclista a España 2025

La Vuelta siempre había sido un ritual. Madrid, con sus avenidas engalanadas, esperaba cada septiembre ese desfile de colores, el zumbido del pelotón convertido en música de victoria. Ciclistas de todo el mundo luchaban por el triunfo. Pero este año la música no llegó hasta la meta. En las calles no reinaba la expectación del deporte, sino la certeza de que algo trascendental iba a ocurrir.

Desde días antes, en las plazas, en los barrios, en las redes, corría la voz: *"No puede haber normalidad mientras hay genocidio en Palestina"*. El equipo Israel-Premier Tech, financiado por capital judío-canadiense y en parte por el ministerio de turismo israelí, con su nombre estampado en



los dorsales, se había convertido en un símbolo intolerable. Para la inmensa mayoría de la población, que ese equipo compitiese tranquilamente y sin obstáculos era un insulto y una provocación, un intento de que la política internacional y la sangrienta masacre en Gaza fuese olvidada cuando el espectáculo deportivo encendía las pantallas y los

ciclistas israelíes blanqueaban, con su participación, ante los ojos del mundo la nefasta imagen de su país.

Madrid, que siempre había sido la fiesta final, se preparaba masivamente para la protesta solidaria.

La mañana de las banderas

El día amaneció con un cielo limpio y un aire casi festivo, pero no era la fiesta del ciclismo. Eran las banderas palestinas que empezaban a poblar las aceras: rojas, verdes, negras, blancas. No se trataba de hinchas esperando a sus ídolos de las dos ruedas, sino de miles de voces dispuestas a que ese día no fuese un día más en el calendario deportivo.

Familias enteras llegaron con pancartas improvisadas: "Netanyahu asesino", "Fuera sionistas de la Vuelta",



<https://www.levante-emv.com/fotos/deportes/2025/09/13/etapa-20-vuelta-espana-imagenes-121537673.html#foto=1>

(*) Pseudónimo

“Palestina vencerá”. Estudiantes, jubilados, trabajadores. Mujeres, hombres, niños. Cada cual llevaba su historia, su rabia y su esperanza. Algunos habían venido desde lejos, convencidos de que esta era la oportunidad de gritar en el corazón de España lo que se quería silenciar en tantas cancillerías.

La policía había desplegado un dispositivo férreo: vallas, cordones, escudos. Pero la multitud se multiplicaba en cada esquina. No era una protesta aislada, sino una marea. Y esa marea tenía un objetivo claro: impedir la imagen final de la Vuelta como si nada ocurriera en Gaza.

III. El pelotón detenido

A cincuenta y seis kilómetros de la meta, la carrera se detuvo. El rumor se expandió como un viento helado entre ciclistas y periodistas: el recorrido estaba bloqueado, la seguridad no podía garantizar el paso. Lo que debía ser un paseo triunfal se convirtió en una espera tensa al borde de la carretera.



En Madrid, mientras tanto, las avenidas resonaban con cánticos. Los manifestantes habían derribado vallas, habían tomado tramos de la ruta. Allí donde los equipos esperaban pedalear hacia la gloria deportiva, ondeaban las banderas palestinas. Los ciclistas no avanzaban, pero la protesta sí.

El deporte, que tantas veces presume ingenuamente de neutralidad, se topó con la evidencia: no hay neutralidad posible cuando las calles se llenan de nombres de muertos,

cuando un pueblo grita por justicia.

IV. La ciudad sitiada por la memoria

La policía cargó. Por la mañana todavía el presidente Sánchez anuncia su solidaridad con Gaza y por la tarde sus “cuerpos y fuerzas de seguridad” aporreaban a los manifestantes. Hubo empujones, porrazos, gases. Hubo detenidos y heridos. Pero ni siquiera la represión borró la fuerza de la imagen: el centro de Madrid tomado por una causa que trascendía la Vuelta.

Los balcones se sumaron: de muchas ventanas colgaban banderas palestinas improvisadas, trozos de tela pintados a mano, como si la ciudad misma se plegara al clamor. El Paseo del Prado, la Gran Vía, Cibeles, dejaron de ser escenario del triunfo ciclista y se convirtieron en un grito colectivo.

No hubo podio. No hubo brindis con champán ni fotos de los ganadores alzando los



brazos. Lo que quedó en la retina fue otra estampa: el verde, rojo, negro y blanco ondeando frente a la represión, un final abrupto que se transformó en declaración política.

V. El eco de la interrupción

Para los manifestantes, aquello no fue un fracaso ni un sabotaje. Fue, más bien, una victoria moral. Una manera de demostrar que el silencio cómplice puede romperse, incluso en un evento blindado por patrocinadores, gobiernos y federaciones.

La Vuelta había sido interrumpida, pero a cambio Palestina había entrado en el mapa de millones de espectadores. Las televisiones que debían narrar un sprint final transmitían, en cambio, imágenes de protestas, de choques, de banderas que reclamaban justicia. El ciclismo fue desplazado por la política, o quizás la política se reveló donde siempre había estado escondida.

Los ciclistas regresaron a sus hoteles sin ceremonia. La organización lamentó lo ocurrido. Pero en las calles la sensación era otra: que aquel día Madrid había dado un paso al frente, que la Vuelta no se borraba de la historia, sino que se inscribía en otra: la historia de un pueblo que no se resigna a la indiferencia.

VI. Epílogo: La meta invisible

El deporte suele prometer neutralidad, pero pocas veces la cumple. En realidad, la mayoría de las veces sirve para

blanquear las fechorías de quienes tienen el poder. En esta ocasión, la meta de la

VI. Epílogo: La meta invisible

El deporte suele prometer neutralidad, pero pocas veces la cumple. En realidad, la mayoría de las veces sirve para blanquear las fechorías de quienes tienen el poder. En esta ocasión, la meta de la Vuelta se borró bajo los pasos de los manifestantes. Y en ese borrado apareció otra meta, invisible, más honda: la de hacer del deporte un escenario

donde la voz de los oprimidos pueda sonar.

Quizá dentro de años, cuando se recuerde esta edición de la Vuelta, no se hable tanto de los ganadores ni de las etapas, sino de aquel final interrumpido, de la carrera que no terminó en Madrid, de las banderas palestinas que ocuparon la ciudad y de la convicción de que ningún podio puede levantarse sobre la sangre de un pueblo olvidado.

Ese fue el verdadero sprint: el de la dignidad contra el silencio.



<https://pbs.twimg.com/media/G045krdxwAAHzUE?format=jpg&name=medium>